CAPÍTULO III.

DE LAS VERDADERAS DOCTRINAS DEL EVANGELIO.

Ateneos á la ley de Dios y al testimonio que da de sí mismo.

(ISAIAS, VIII, 20.)

No conocemos lo suficiente el Evangelio, ignoramos sus máximas, y no penetramos su espíritu : indagamos curiosamente las palabras de los hombres, y descuidamos las de Dios.

(FENELON, *sucintas Meditaciones sobre la Escritura.*)

Jesucristo vino al mundo no para establecer un culto exterior é instituir nuevas ceremonias; sino para hacer adorar á su padre en espíritu y en verdad, para que se purificase un pueblo grato á Dios. La moral que no tiende á formar un pueblo tal, no es la suya.

(ABATE FLEURY, *Discurso sobre la Historia eclesiástica*, p. 234.)

El cristianismo ha recibido el sello de todas las epocas mas grandes de la historia, y ha conservado mas ó ménos este sello, siendo, por decirlo así, la expresion viva del espíritu de tres ó cuatro siglos que dominan en nuestros anales; porque los pensamientos no se borran con tanta facilidad en las religiones como en los pueblos. Tal es la causa de sus contradicciones aparentes. Se ha considerado doctrina lo que no era mas que su vestido : el vestido de la niñez de los pueblos modernos, y el de su juventud ardiente y apasionada; cada siglo, cada edad, nos ha hecho su legado, y este legado léjos de enriquecer á los hijos de la misma familia, los divide y empobrece.

No hablamos aquí ni de la iglesia griega, ni de Lutero, ni de Calvino, sino únicamente de las modificaciones toleradas en el catolicismo antiguo. Así tenemos la religion de los anacoretas y de los frailes que data de Basilio y de Benito, la religion de los santos, que se ha modificado en cada época desde san Jerónimo hasta santo Domingo, y desde santo Domingo hasta san *Labro*, en fin la religion del Evangelio, que data de Fenelon.

Las dos primeras vivian únicamente de penitencias, de ayunos, de austeridades; creian en un Dios terrible que se vengaba en su obra; para ellas los hombres eran unos condenados ; la naturaleza, una obra maldecida; la humillacion y el sufrimiento, el mas alto grado de perfeccion.

Bien se reconocen ahí las últimas influencias de los siglos de la idolatría y del espectáculo terrible de Roma espirando por sus vicios, y bajo los golpes de los bárbaros que la acaban y la mutilan. El desprecio de la vida nace siempre en presencia de la muerte; y la necesidad de sufrir es la expresion de los siglos de desesperacion y de abatimiento.

La tercera doctrina enseña la caridad : cree que si la virtud del hombre consiste en hacer bien á los que le hacen mal, la justicia de Dios no puede ser una venganza eterna. Su moral es santa, porque es indulgente : ama, bendice, y persiste que en esta máxima : *volver bien por mal,* Dios nos ha revelado su piedad para con nuestras miserias, y sus perdones para nuestras debilidades.

La indulgencia y el amor, esta nueva inteligencia de la religion evangélica, son la expresion de un siglo de luz, así como la disciplina, la penitencia y la antigua inteligencia de las doctrinas de los santos son la expresion de los siglos de barbarie.

En el reinado de Luis XIV, segun Descártes, Pascal y el grande Arnaud, en presencia de Bossuet y de Leibnitz, se notó de repente que el linaje humano habia hecho progresos inmensos. Pero estos progresos no estaban expresados en ningun paraje ni se hallaba escrita en parte alguna la doctrina celestial de amor de los hombres y de Dios, y sin embargo brillaba ya en todas las conciencias. Para darla segunda vez al mundo, habia Dios escogido una criatura toda divina, y cuando Fenelon vino á generalizar entre nosotros los tesoros de su alma, mezclados con los tesoros del Evangelio, pudo oir las bendiciones del menor número: perseguido pero honrado, la gloria le siguió en su destino: su palabra habia sido comprendida, y la doctrina de la vida no habia de morir jamas.

No faltaban sin embargo en los siglos VI y XII personas que sostenian que si el amor está en el Evangelio, tambien se halla en él el fuego del infierno, la condenacion eterna, y el rechinar de dientes de los condenados, y de ello inferian la necesidad de la penitencia y de la humillacion humana. En medio de este caos de opiniones teológicas, las inteligencias superiores se esfuerzan en vano en escoger: todas sucumben bajo el imperio de sus incertitudes. ¿Triunfará el miedo, ó la esperanza? ¿Quién correrá el velo de la verdad, de la verdad única que puede salvarnos, toda vez que el infierno espera al error? ¿Adónde irás tú, alma mia? paloma extraviada en la tierra, ¿quién cargará con el peso de tu destino? en vano invocas la autoridad del genio y de la virtud, las dos

religiones te responden, y voces igualmente sublimes te invitan al temor ó al amor. Autoridad del genio, autoridad de la virtud, os recuso á entrambas, no porque carezcais de fuerza ó de conviccion, sino porque sois autoridades humanas, es decir, autoridades falibles; y para decidir mis dudas, para convencer mi debilidad, necesito un maestro que no tenga rival, una palabra sin contradiccion, una autoridad ante la cual todas las autoridades se humillen. En esto me presentan los hombres el Evangelio, y Dios me abre los tesoros de su pensamiento, marcado en sus obras. Dos libros que se comprueban recíprocamente: el libro de los Apóstoles, y el libro de la naturaleza. Los estudio, los medito, los comparo; en este magnífico exámen el libro de la naturaleza sirve de intérprete para el del Evangelio, y el libro del Evangelio me enseña á leer en el de la naturaleza. En ambos veo las mismas leyes, en ambos reconozco la propia mano: y cuando no me hablan el mismo lenguaje, me detengo y dudo.

La naturaleza es el libro visible de las obras del Criador. El hombre no acertará á borrar de él una sola palabra, á falsificar una sola línea, á escribir en él una letra. Lo contrario sucede con el Evangelio; alguna que otra vez al lado del dedo de Dios se nota la mano de los hombres. Los herederos, ó mejor dicho, los depositarios de este libro divino, han podido alterarle en el texto, sin que el mundo entero se levantase para acusarlos. En medio de las tinieblas y de los primeros siglos, los testimonios eran raros, los pueblos callaban, y los Evangelios no tenian publicidad.

Por las interpretaciones habidas en las épocas en que las falsificaciones no eran posibles, podemos convencernos de que hubo falsificaciones en las épocas en que eran tan fáciles. Ciertamente, cuando en

el siglo XVI se leian las vísperas sicilianas en el Evangelio; cuando en el siglo XVII, á la vista de Fenelon, despues del reinado de Descártes y Leibnitz, se leian en él las dragonadas, ¿es de admirar que en los siglos I, II y III, haya podido escribirse en ellos la doctrina de la virginidad y de la santidad, el fuego eterno del infierno, las maldiciones y la condenacion?

En el libro precedente hemos opuesto las leyes de la naturaleza á todas las mentiras de la falsa moral y de la política: ahora las opondremos con valor á las mentiras de la teología. ¡Qué comprobante mas sublime para separar la obra de Dios de la de los hombres! ¡Qué medio puede haber mas poderoso para sacarnos de la indiferencia, y volvernos al amor, que el pensamiento del mismo Dios! Si todos los males nos vienen de la teología, todos los bienes nos vienen de la religion: no es posible que la doble antorcha de la naturaleza y del Evangelio penetren en nuestros corazones, sin que nos convenzan de la virtud.

Pero ántes de hacer brillar esta luz, primeramente sentaré este principio:

« Todo lo que destruye el fondo de la doctrina, no es la doctrina. »

En nuestros estudios morales del Evangelio veremos este principio refundirse en este otro:

« Todo lo que viola la ley de la naturaleza, es decir, el pensamiento del mismo Dios, no es la verdad. »

Y de otra parte el espíritu general del libro es el que debemos considerar. Algunas palabras, algunas páginas tomadas de aquí y de allá pueden favorecer la violencia; pero si el libro entero la condena, ¿cómo la justificará? Pueden introducirse máximas, pero no cambiar un total. El espíritu general del Evangelio es el amor de la humanidad, la indulgencia para los débiles, el perdon para los arrepentidos, mas aun,

la benevolencia y la beneficencia para nuestros enemigos. ¡Oigo á Jesus en la cruz rogando por sus verdugos, y vosotros me mandais que degüelle á mis hermanos! Le oigo hablar en la montaña, y decir á sus discípulos: « Está escrito: Amaréis á vuestro prójimo, y odiaréis á vuestro enemigo; y yo os digo: Haced bien á los que os odian: rogad por los que os persiguen y os calumnian, á fin de que seais hijos de vuestro padre que está en los cielos, que hace salir el sol para los buenos y para los malos, y llover sobre los justos y sobre los injustos. »

¿Lo ois? esta es la ley de la naturaleza: el sol sale para los buenos y para los malos: y la moral de Jesucristo no es mas que la expresion de esta ley. Si imitais á Dios, comprenderéis su idea en sus beneficios eternos, para transportarla divinamente en nuestro derredor.

Así ciertas expresiones é ideas equívocas que pudieran creerse barbaridades de la Biblia, desaparecen en el Evangelio. Moises consagró en ella la venganza, que es la ley de la materia bruta; Jesus consagra el amor, que es la ley del alma inmortal.

En todas partes la dulzura y la moral: en todas partes los discípulos de Cristo son llamados no á combatir, sino á instruir. Sus armas son la persuasion; el corazon su conquista. En sus últimas conversaciones con los apóstoles, cuando desahogando su alma trata Jesus de los medios de generalizar la verdad los exhorta á que se entreguen como otras tantas víctimas sacrificadas á la salvacion de los hombres; porque son enviados como ovejas en medio de lobos (1). Perdonarán, bendecirán, instruirán: EL MAESTRO NO HA VENIDO PARA CONDENAR EL MUNDO, SINO PARA SALVARLE (2).

(1) S. *Juan*, III, 6
(2) S. *Juan*, III, 16.

Tal es la doctrina del Evangelio : todas las páginas del libro estan empapadas de ella, y todas las acciones de Jesus son conformes á ella. Así amar á los hombres, compadecer á los malvados, hacer bien á nuestros enemigos, es imitar á Dios nuestro padre, que está en el cielo, y que hace llover sobre los justos y los injustos. Yo veo en todas partes : Felices los que lloran, felices los que sufren, felices los pacíficos y los misericordiosos. Yo no veo en parte alguna : Felices los doctores, felices los que persiguen, felices los que hieren y los que maldicen. Y si se nos pusieran de manifiesto semejantes máximas en un libro que no enseña sino amor y perdon, las arrancaríamos á la faz de todo el mundo para la edificacion y felicidad del linaje humano en obsequio de la gloria y de la verdad.

Ahora que conocemos el espíritu de la doctrina, procuremos conocer lo que le ha ido añadiendo á ella cada siglo. Al lado de las leyes de la naturaleza pondremos todos los dogmas de santidad, virginidad, celibato, intolerancia, penitencia, sea que los hallemos en la Escritura, sea que no hayan sido expresadas sino en las obras de los teólogos. Daremos á cada época lo que le pertenece, á cada siglo su pensamiento, á cada doctor su obra, y Jesus, el pacificador del mundo, no será por mas tiempo responsable de las locas invenciones de los hombres.

CAPÍTULO IV.

DE LA SANTIDAD.

> Sin exceder los límites de una vida comun, sin añadir cruz alguna á las penas de nuestro estado, morimos sin cesar para nosotros mismos, y somos inagotables en los sacrificios que hacemos á Dios.
>
> (FENELON, *Correspondencia*, t. I, pág. 445.)

> El hombre no tiene que recurrir á cilicios, ni huir á un desierto ; basta que deje tomar á Dios sin criticarle, los entretenimientos de niños que nos quita.
>
> (FENELON, *Carta al vidama de Amiens, correspondencia*, t. I.)

A la doctrina tan pura y tan consoladora del Evangelio, el siglo IV opone la vida de austeridad, de meditaciones y de mortificaciones. Sacrificios voluntarios, sufrimientos piadosos, ofrecidos por la santidad en holocausto de nuestras faltas.

Y desde luego el sacrificio está sacado de todas las religiones : esto es, de las de Cibéles, de Brahma, de Boudha, de Mahoma, que no tienen ménos parte que la nuestra ; si admitimos que el sacrificio santifica la una, hemos de convenir en que las santifica todas. Habitar en una cueva, hacer oracion de rodillas sobre una piedra, tender la mano en el atrio de los templos, llevar un cilicio activo de comezon y de inmundicia, es el mérito insigne de san Labro, de san Hilarion y de santo Tomás de Cantorbery, y queda

sin embargo muy atras, comparado con las asquerosas miserias de los bonzos, de los santones, de los alfaquies y de los talapuinos.

Cuando veo las mismas abyecciones en los templos de la India que en las escuelas de los filósofos, temo que nuestro respeto á los preceptos que creemos divinos, sirva para consagrar los caprichos de los hombres, y que figurándosenos honrar á Jesucristo, seamos sectarios de Brahma ó de Pitágoras.

La vida de penitencia mata la vida de los deberes, es decir, la sociedad y la humanidad. En este sistema el hombre se cree útil al hombre por las cosas del cielo, pero se constituye una verdadera carga para él en las cosas de la tierra: es incompleto y no llena sino la mitad de su mision. El infeliz que trabaja, alimenta al santo que hace oracion, y el santo que ora, absuelve ó condena al infeliz que trabaja. De ahí el cambio de pan, dinero, y oraciones que forma el comercio de la Iglesia; de ahí las oraciones compradas por causa del arrepentimiento del rico, expresado por voces extrañas que dirigen al cielo los cánticos de una penitencia que paga.

¿Hemos venido al mundo para hacer vida de santos, ó, como dice muy enérgicamente Chacon, para aprender á desempeñar bien el papel de hombres? En otros términos, ¿cuál es el objeto de la vida? ¿cuáles los deberes del hombre? Esta es toda la cuestion.

No os asombre su gravedad: mas justo será que admireis la claridad con que esta cuestion se presenta á la inteligencia; prueba cierta de que no es superior al juicio de la razon.

Es una ley general de la naturaleza que: la razon del hombre puede decidir, sin equivocarse, todo lo que realmente conviene á la suerte y destino del hombre.

La razon del hombre no se descarría sino cuando se le proponen cosas inútiles y absurdas.

Luego no admite duda que cuanto mas nos importe la verdad, mas fácil nos será llegar á ella.

El hombre entra en la vida armado de sus pasiones, de la inteligencia que estas engendran, y del alma que se acuerda de su Dios.

Las pasiones son el instinto de la materia, constituyen el hombre animal.

El sentimiento de Dios, es el instinto del alma; constituye el hombre celestial.

Estas son las piezas que componen nuestro ser: no es posible separarlas, sin hacer incompleto al hombre: su combate es un mérito; su armonía la sabiduría; su separacion la locura y la muerte.

Sin embargo, porque las pasiones engendran el mal y nos degradan, hemos imaginado un medio, no para regularlas, sino para destruirlas. El triunfo perpetuo de la materia sobre el alma, suscita la revolucion del alma contra la materia. Entónces vemos al hombre deshacerse pieza por pieza, desechar sucesivamente sus pasiones, sus placeres, sus facultades, su cuerpo, y en esta lucha furiosa, destruir el templo, so color de servir á Dios. ¡Deplorable efecto de su miseria! los suplicios que al principio inflamaron el celo de algunos devotos cenobitas, terminan en el claustro por el ridículo aborto de nuevas comunidades. Roma nos ha hecho recorrer toda la escala desde san Jerónimo á san Hilarion; desde el mas sublime al mas degradante estado, apartándose no pocas veces visiblemente del espíritu del Evangelio.

Menester será que veamos la impiedad con que algunos que se creian santos tratan la obra de Dios. El uno priva al hombre de su sexo, el otro de su estómago, este de la palabra, aquel de los sentidos, estotro del espíritu, algunos del uso de sus brazos y

de sus piernas, casi todos de su razon. A fuerza de hacer incompleto al hombre, no queda nada del hombre: ¿aceptará Dios tal desórden como una virtud?

Sembrarás con lágrimas, exclama san Jerónimo, á fin de recoger con alegría. Cubrirás tu cuerpo con un horroroso cilicio, pero es el vestido mas magnífico para elevarte á las nubes en presencia de Jesucristo (1)!

El hombre debe dejar sus riquezas, sus amigos, su padre, su madre, su esposa, debe despojarse de todo para abrazar la cruz desnuda (2). Tal es el lenguaje de los santos en su exaltacion!

Este sistema viola á un tiempo la ley de amor y la ley de sociabilidad; destruye todos los sentimientos de la naturaleza, insulta á Dios en su obra. Decir que este es el objeto de la vida, seria decir que el deber del hombre es la destruccion de la creacion: ¡absurdo, impiedad, vanidad!

Pero inútilmente trabajará quien se empeñe en convertir el globo en una Tebaida. Dios se opone á ello por medio de la poblacion, que es tambien una ley de la naturaleza. Setecientos cuarenta millones de hombres que cubren la tierra, ántes proclaman la magnificencia celestial que su cólera. Dios no condena su obra, toda vez que la multiplica.

No querais sacar la religion de las leyes de la naturaleza, porque volverá á entrar en ellas á pesar vuestro, y entónces todo vuestro poder queda perdido.

Creamos á los mismos santos. En medio de los ayunos y de las austeridades, no dejan de sentir en sus miembros una ley que combate las leyes de su espíritu, y que vuelve violentamente á la regla (3).

(1) San Jerónimo, *Carta á las Vírgenes de la montaña de Hermon.*
(2) San Jerónimo, *Carta á Nepociano.*
(3) San Pablo.

Aun si los gemidos de la carne diesen algun descanso al alma, si la penitencia condujese á la seguridad... pero léjos de esto; cuanto mas el hombre se castiga, mas se turba é inquieta. La austeridad empobrece el corazon, en lugar de vivificarle. Los mas inocentes placeres, los sentimientos mas naturales, todas las facultades que le fueron dadas para su felicidad, se le representan como pecados y crímenes. Ha renunciado los bienes de la tierra, y no se atreve á esperar los del cielo. San Agustin se acusa de leer con demasiado placer las obras de Virgilio, san Jerónimo deja el estudio de Ciceron de miedo de condenarse. Miéntras los hombres los honran como santos, los infelices se creen juguete del demonio, achican su inteligencia, y se precipitan en espíritu en los abismos del infierno.

Así la perfeccion ideal, separada de los sentidos, no es posible en la tierrra. Como el hombre es una armonía completa, no puede dar un sonido puro si todas sus cuerdas no vibran unísonas. No rompais ni las mas groseras, porque concurren todas á la belleza del total, y sus consonancias son gratas á Dios.

Hacer incompleto al hombre, es cambiar su destino, es condenar la creacion, es trazar en vano el camino del cielo con el sacrilegio y la destruccion.

Si apelamos á la penitencia, nos degrada: si á la soledad, nos desnaturaliza. La prueba de que el hombre no ha sido únicamente creado para el aislamiento, es que no es realmente hombre sino en medio de sus semejantes: allí es donde se desenvuelven todas sus facultades: solo allí se hace completo por medio del genio y de la virtud: dos hombres, dos almas, doble fuerza. Aislad esos niños, dispersad esa colonia, y la inteligencia del Maestro del mundo se abismará en el desierto. Reunid las familias, las ciuda-

des, las naciones, y la mas débil de las criaturas subirá al imperio. Del aislamiento del desierto solo veo salir tigres, leones, el hombre salvaje y las hordas bárbaras; del hombre social un Sócrates, un Platon, un Descártes, un Fenelon; genios sublimes cuyos pensamientos se derraman en el globo, como la luz en el cielo, para ilustrar y para fecundar. Así cada siglo, cada pueblo nos dejan á su paso alguna cosa, y vamos poco á poco recibiendo de la inteligencia del linaje humano lo que no pudiera darnos nuestra inteligencia limitada.

El santo quiere elevarse al cielo, violando la ley de sociabilidad y separándose del mundo; pero su cuerpo le embaraza, y para hacerse ángel se constituye como un animal á fuerza de degradarse.

Y no creais que este envilecimiento aumente sus esperanzas. La doctrina que destruye las leyes de la naturaleza no es favorable á los hombres ni en este mundo, ni en el otro. ¿Sabeis lo que hemos de concluir de todo lo que se ha escrito sobre la vida de la penitencia desde san Jerónimo hasta Bossuet? ¡cosas espantosas! una justicia insensata! Que no hay salvacion para los que quedan en el mundo; que ir al baño, almorzar, comer, casarse, reproducirse, cuidar su casa, consagrarse á su familia y á su pais, es un estado de pecado y de condenacion; que mantenerse vírgen, vivir en el desierto, abandonar á su mujer, á sus hijos, á su patria, ayunar, hacer oracion, maltratarse, es estar siempre en un estado de gracia. La locura humana quiere sobreponerse á la sabiduría de Dios.

¿Y quién pues se librará de esta potencia terrible, si los mismos santos quedan anonadados en su presencia? ¿Se dirá que una doctrina que ofende todas las leyes de la naturaleza, llena las del Evangelio? Abramos los dos libros.

¿Qué dice el Evangelio? Amad á Dios: amad á los hombres: el amor es el cumplimiento de la ley.

Asimismo la naturaleza por sus beneficios manifiesta á Dios, y nos invita á amar á los hombres.

Ambos libros tienen el mismo lenguaje, ó mejor dicho, el Evangelio generalmente en su espíritu no es sino la expresion escrita de estas tres leyes de la naturaleza:

« Sentimiento de la Divinidad. »

« Sociabilidad. »

« Perfectibilidad del linaje humano. »

Pues si tu Dios es el Dios de amor, si cada mañana al despertarte le dices: PADRE MIO; si él te responde por medio de beneficios, si une á ellos el placer para que te sean gratos, si los distribuye entre todos los hombres á fin de reunir las familias y las naciones por el atractivo de tantas riquezas, por la variedad de tantos goces, ¿le responderás cubriéndote con un horrible cilicio? ¿Podrá el saco de la penitencia ser el vestido mas magnífico para elevarse á las nubes en presencia de Jesucristo?

El Evangelio no forma santos aislados, forma familias piadosas, naciones civilizadas. No exhorta á los hombres á la penitencia, sino al arrepentimiento y á la virtud.

En fin ambos libros se hallan tan perfectamente de acuerdo, que el hombre se siente siempre inclinado á hacer por amor, lo que el Evangelio le dice que ha de hacer por deber.

¿Pero el culto, pero las prácticas religiosas? Jesus no las olvidó, señalándoles el lugar siguiente: « Si al presentarte en el altar, te acuerdas que tu hermano está enfadado contra tí, deja la ofrenda y marcha á reconciliarte con él. » De modo que el culto mas grato á Dios, la ofrenda que el Evangelio pone en primer lugar, es el amor del prójimo.

Nada de vida monástica, nada de penitencia, ninguna disciplina, sino obras, sino amor. Dios nos pide un corazon puro, y no un estómago vacio, ó alimentado de pescado: nos pide un alma virtuosa, y no un cuerpo manchado, mutilado, ensangrentado, y nos lo pide por esta ley invencible de la naturaleza: « El hombre se inclina siempre á lo mas bello. »

Solo al hombre completo es dado entrever lo mas bello, luego las doctrinas que le presentan incompleto son falsas.

De ello resulta que la doctrina de Jesucristo es verdadera, porque no está jamas en contradiccion con las leyes de la naturaleza. En sus principios, en sus milagros proclama constantemente la doble vida, constantemente santifica al hombre completo. Así como cura los males del alma, cura los del cuerpo. Él dice: « El hombre no vive de solo pan, sino de verdad; y despues de haber sembrado la palabra de verdad que vivifica el alma, multiplica el pan que alimenta al cuerpo. Tales son las obras del que vino al mundo, comiendo y bebiendo como los demas hombres.

Así la doctrina de Jesucristo no es la ley transitoria de Moises, sino la ley estable de la naturaleza. Hijo del hombre ha humanizado las virtudes celestiales, trayéndolas al mundo; hijo de Dios ha santificado las virtudes terrestres, prometiéndoles un cielo. Todas sus acciones nos conducen á la familia, y no al claustro, ni al desierto. Sentado en las bodas de Caná, bendice el matrimonio, y el júbilo de los banquetes; en medio de los doctores bendice á los niños, la inocencia y la maternidad. Vuelve el hijo á la viuda, y la hija al padre; santifica la amistad, llorando á Lázaro, á quien resucita; consagra la sociedad humana llamando á sí á todos los pueblos de la tierra, y el amor de la patria derramando lágrimas sobre Jerusalen. Y decid, ¿qué accion de hombre, qué sentimiento natural, qué pensamiento humano y celestial podríamos desechar en presencia de Jesucristo?

Pero si no exhorta á los hombres á que maltraten, les exhorta por todos lados á la regla: no dice á la débil Samaritana: « Llora tus culpas, haz penitencia; » le dice: « Anda en paz, y no vuelvas á pecar. »

Del propio modo el padre de familias no condena al hijo pródigo al cilicio y al llanto; le prepara un banquete, y se alegra de su vuelta.

Tenemos pues que el hombre no es llamado para glorificar al Señor ni con ayunos, ni con lágrimas, ni con largas súplicas; sino con el amor, sino con la caridad, sino con el uso legítimo de los placeres unidos á los dones de la Divinidad.

No, no, la tierra no es un lugar de expiacion, es un lugar de pruebas, un templo celestial echado en el espacio y decorado por una mano divina. Si alguna vez el hombre ha debido entregarse á gloriosas esperanzas, es al postrarse en este templo en que Dios le esperaba, en este templo donde el poder no se expresa sino por la bondad, y no se hace sentir sino por medio del amor. ¿Porqué los beneficios que responden á nuestras necesidades, las voluntades que responden á nuestros deseos, y esa magnificencia que supera nuestros pensamientos? ¿Porqué tantos dones prodigados á una débil criatura? A sus ojos la luz; á sus oidos la armonía; el mundo á su inteligencia, á su alma el infinito y Dios. El hombre toca á la tierra y toca al cielo: el hombre completo abraza la doble vida del espacio y del infinito, del tiempo y de la eternidad; es como Jesucristo, *hijo del hombre é hijo de Dios*.